



# LA ESPAÑA DE HOY: APUNTES PARA LA HISTORIA...

JUAN PEDRO DIDAPP





# La España De Hoy: Apuntes Para La Historia...

Juan Pedro Didapp

This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. that were either part of the original artifact or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.

01.0461  
555e  
989

### **Nabu Public Domain Reprints:**

You are holding a reproduction of an original work published before 1923 that is in the public domain in the United States of America, and possibly other countries. You may freely copy and distribute this work as no entity (individual or corporate) has a copyright on the body of the work. This book may contain prior copyright references, and library stamps (as most of these works were scanned from library copies). These have been scanned and retained as part of the historical artifact.

This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. that were either part of the original artifact, or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.



LA

# España de hoy



APUNTES PARA LA HISTORIA

POR

JUAN PEDRO DIDAPP



PUEBLA

CASA EDITORIAL DEL AUTOR

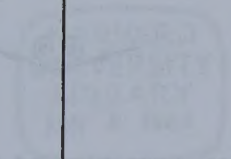
Calle del Dean núm. 16.

1898



LA

# España de hoy



ADQUISICIONES DE LA BIBLIOTECA

JUAN PEDRO DIDAP



PUNTA

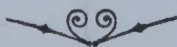
CASA EDITORIAL DEL AUTOR

Calle del Príncipe 10.

1895

LA \_\_\_\_\_

# España de hoy



APUNTES PARA LA HISTORIA

POR

**JUAN PEDRO DIDAPP**



PUEBLA

**CASA EDITORIAL DEL AUTOR**

Calle del Dean núm. 16.

1898



AL AMIGO LEAL Y CABALLERO.

AL SEÑOR Y SEÑORA DONDE CORRESPONDA

D. Florindo M. Rodríguez y del Río.

HARVARD  
UNIVERSITY  
LIBRARY  
JAN 8 1964

En una ocasión, Cristóbal Colón, al partir de  
España, le escribió a su hijo Diego, que se quedaba  
en casa, diciéndole que se acordara de él y que  
le escribiera cuando volviera. Cristóbal Colón  
fue el primer hombre que dio vuelta al mundo.  
Su hijo Diego, que se quedó en casa, se convirtió  
en un hombre muy rico y poderoso. Diego Colón  
fue el segundo hombre que dio vuelta al mundo.  
Su hijo Diego, que se quedó en casa, se convirtió  
en un hombre muy rico y poderoso. Diego Colón  
fue el segundo hombre que dio vuelta al mundo.  
Su hijo Diego, que se quedó en casa, se convirtió  
en un hombre muy rico y poderoso. Diego Colón  
fue el segundo hombre que dio vuelta al mundo.

Problema, julio de 1964.

Juan Pedro Díaz.

AL AMIGO LEAL Y CABALLEROSO,

AL ARDIENTE Y DISTINGUIDO HIJO DE ESPAÑA,

D. Florencio Mendoza y del Río,

PATRIOTA ILUSTRE.



**E**N MIS OBRAS ANTERIORES tuvieron la bondad de permitir que salieran al frente los nombres de personajes de elevado puesto tanto en las letras como en la banca; ahora tócame ofrecer á Ud. este humilde homenaje de hermano en las ideas. Si Ud. no es más opulento ni más esclarecido que aquellos, desde luego que su patriotismo é hidalguía van á la par del más ilustre hijo de Pelayo. Por esto mismo pongo bajo su amparo este trabajo político-literario, para que, unidos nuestros nombres, pregonen á voz en cuello las épicas victorias españolas.

Puebla, julio de 1898.

Juan Pedro Didapp.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

1963

The following report was prepared by the author(s) during the tenure of a grant from the National Science Foundation, Office of Naval Research, and the University of Chicago. The work was carried out in the Physics Department of the University of Chicago, under the supervision of the author(s). The results are presented in the form of a research report, and are not necessarily the views of the National Science Foundation, Office of Naval Research, or the University of Chicago.

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILLINOIS



Al distinguido defensor de la causa  
española,

AL VALIENTE ESCRITOR MEXICANO,

D. Juan Pedro Didapp.



*Al ver su heroica labor político-literaria en defensa de mi querida patria, de cuyas fértiles vegas me encuentro ausente, no puedo menos que admirarlo, porque contemplo en Ud. al atleta noble, sacrificado en aras del deber y del patriotismo: y creo que la decidida campaña que Ud. sostiene en pro de España y en contra los despóticos yankees, gente sin sentimientos y envilecida, debe llamar la atención de todos mis ardientes y entusiastas compatriotas.*

*Ya que á mí no me es posible esgrimir las armas en el campo de la guerra, me conformo con unirme en intenciones á Ud., y acepto gustoso la dedicatoria de su folleto "La España de hoy," en el que un mexicano sensato que comprende la justicia que asiste á mi país en la actual contienda, lucha por nuestro triunfo.*

*Espero que tan acabado trabajo sea del agrado de todos los españoles residentes en esta República, para que Ud. no desmaye y siempre proclame la unión de España y México.*

Covadonga, julio 2 de 1898.

F. Mendoza y del Río.



---

## I

### **Mi labor político-literaria.**

Cansado de la vida periodística y hostigado por propios y extraños, determiné retirarme á la quietud y al recojimiento. Apacibles iban pasando mis horas, cuando vino á interrumpir mi silencio la insolencia yankee, manifestada en el último mensaje de Mc Kinley, al cual repliqué, protestando con toda la energía de mi alma contra la ambición de tan desleales vecinos, pidiendo la guerra para los tiranos. La guerra fué declarada y empezaron los mares á teñir sus blancas olas. No quedó mi voz ahogada en esa réplica; siguieron mis desvelos, y publiqué mi último trabajo con el nombre de "España en la guerra."

Oyéndose ahora, más que nunca, el fragor de las balas españolas, ¿me rendiré en la fatiga? La voz de la conciencia de este joven gladiador reprobaría semejante conducta; el que ha nacido para el combate, jamás huye cobarde, teniendo á la vista lo que pide.



Yo ¡guerra he pedido!

Y guerra contemplo con indicios de abrasar el mundo!

España lucha; y ya que algunos de sus hijos no pueden honrarse, bañando con su propia sangre sus posesiones, se conformarán con sostener la más ruda guerra que concibe el entendimiento humano: la guerra de la pluma. Las fortalezas resultan averiadas con el poder de los cañones, pero el enemigo queda derrotado completamente ante el mundo culto con el poder de la pluma. Los más eminentes generales con heroica calma ven correr la sangre en el campo del combate, pero azotan como débiles cañas en tierra cuando miran á su frente al guerrero de la inteligencia.

Sea éste, pues, el elemento de mi lucha. He abandonado las exigencias de la vida, aunque iracundo me vea el imbécil, para aprestarme en las filas de una nación en cuyas aras quiero inmolarme. Poco me han importado las ironías de la turba que me pone al lado del retroceso: si ser católico y español es ser retrógrado, acepto gustoso el adjetivo.

Aun más: si desgraciadamente sucumbo en el combate, á honra tendré perecer como católico y como español.

No llaman, pues, mi atención las persecuciones de los ignorantes. Abandonaré toda urgente ocupación, para dedicarme á la defensa de la noble causa española.

El que lucha contra España es mi enemigo de sangre é ideas; yo sabré poner sus hechos vandálicos

en el terreno que merecen. Suene aún en mis oídos la voz de los libertadores del linaje humano, partiendo desde el sublime regenerador de la especie, el grandioso Mártir del Gólgota.

Nacido en una región de justicia y libertad, es mi orgullo escupir el rostro de los que nacen esclavos, porque admiten el yugo de los que no podrán alzar la frente como los hombres libres. Por eso deseo vivísimamente la vergonzosa derrota de nuestros enemigos del Norte, para escarmiento de los viles que cubren con la máscara de la humanidad un corazón gangrenado. Y si á mi noble labor se opusieran aún los míos, tendré que luchar contra propios y estraños, y la justicia dará á quien corresponda los lauros del triunfo.

Con el mismo brío de siempre, con el mismo ardimiento, verán los distinguidos hijos de las ibéricas selvas á este pobre y humilde escritor seguir el curso de la actual contienda hispano-americana, sin abandonarlos ni un momento en esta crítica situación, y si se desvía de su línea de conducta, llámadle traidor.

Para entrar de lleno en la cuestión, volveré á hablar sobre la urgente necesidad de la unión de la raza latina, para que la historia recoja en sus brillantes páginas estos apuntes, escritos á la vista de esta sangrienta lucha, originada por una insurrección y fomentada por la hipocresía yankee.

Y lo que mi pluma grave, indudablemente, mi espada lo sabrá defender.

Para consolaros, aquí está mi corazón, queridos descendientes de carlos V.

## II

**Unión de nuestra raza.**

## I

Nací y tuve ser; crecí y pude contemplar el hermoso espectáculo que forma el encantador firmamento, el cielo azul, entre celajes, copos de nieve y grana de oro puro, y palpé los fulgentes destellos de la luz, retando osado los ardientes rayos que expide el sol. Abandoné, en la primavera de mis años, la florida tierra que, al vaivén de perfumada brisa, meció mi cuna entre flores, para arrojar me en los cariñosos brazos de la épica madre que me dió origen. Como el árbol tierno, sin hojas ni fruto, al sentir sobre mi joven frente la suave y delicada mano de esa pindárica y risueña matrona, empecé á amar, y amé á Dios y á la patria. Semejante al hombre del campo que ha pasado la vida fuera del mundanal bullicio, en silencioso retiro, baja á las ciudades populosas después, y queda estupefacto por el ruidoso movimiento de sus calles; de la misma manera me aconteció cuando me trasladé á la sublime y hechicera península ibérica, durmiendo halagadora y tranquila, á las márgenes pintorescas de los soberbios Po y Genil. Aquí ya había oído infinidad de veces el nombre de la Iberia; porque en mi patria natal, España rezan los mares que se estreñan en las abruptas y salvajes rocas de sus vírgenes costas, y España repiten millares de voces, rugien-



do soberanos, los ríos caudalosos que riegan sus verdes vegas y campiñas. ¡España! dicen las fuentes que quedo murmuran y los pájaros que, melodiosos, en sus intrincadas selvas cantan. ¡España! se oye mentar desde la Florida hasta la tierra del Fuego. ¡España! rezan el rayo y la tempestad que braman. ¡España! cuentan las olas al reventar en las playas del uno al otro Océano. Y ¡España! balbuce el viento y reproduce el eco. ¡España! canta el Bravo y el Amazonas. Y el nombre de España doquiera se oye; lo vitorean cielo y tierra, bosques y ríos, selvas y mares, llanuras y prominencias, sierras y montañas; y está grabado hasta en la luz que expiden los astros, lo mismo que en todos los corazones y en todas las memorias. Pero no había más que oído; desconocía la idea completa de lo que pudiera ser la grandeza y magnanimidad de esa nación privilegiada, principio de nuestra historia, y cuyas glorias superan al número de los astros que tachonan la superficie cóncava del cielo.

Ví la majestad de su suelo, nido de guzlas moras y jardín de mujeres divinas, que, al par que cautivan, roban los corazones. Contemplé de cerca los torreones de sus fortificados muros, que evocan el recuerdo de gigantescas hazañas que disipan las sombras del pasado; las esbeltas y divinas torres de sus catedrales de forma gótica; mausoleos, monumentos y arsenales, que circundan las playas del mar: admiré la fertilidad de sus valles, donde, sobre verde y rica alfombra, se desliza estrepitoso el Manzanares, cantando las victorias de Viriato y Moncayo, y tejiendo coronas de nívea espuma para las

sienes de Séneca y Cervantes, Calderón y Lope. En el trono pude ver á Alejandros Magnos; en la sociedad ví á espartanos; y en aquellas ondinas de diminuto pie, ví griegas en valor, galileas en belleza, y serafines en amor. Por todas partes y á todos lados ví regados laureles y jazmines al pie de pirámides gigantescas desafiando los elementos, con una inscripción que dice: Estos son los recuerdos de los que han sido, obtenidos en los torneos del valor y del talento; doblad, mortales, las rodillas ante las figuras de los siglos que fueron. En cada laurel hay una victoria, en cada jazmín hay un combate, y en cada uno de estos monumentos hay una patria libertada. ¡Viajeros! descubríos al pasar por aquí; éste es el templo de los héroes que nos dieron patria y religión, fe y libertad.

No os quiero adular, españoles; antes prefiero morir en un cadalso que proferir palabra alguna en contra de los fueros sagrados de la sinceridad: mexicano es sinónimo de veracidad y rectitud, valor y heroísmo; y no consiente mi índole de tal, la vil lisonja, arma de los seres de baja esfera en el campo intelectual. España me enseñó á ser patriota cuando sentí en mí ser una inclinación desconocida, algo como un sentimiento ignoto que puso en agitación acelerada las fibras más tiernas del cáliz de mi corazón, y ella me dijo: eres pequeño, pero el pequeño se hace grande, y el grande se hará sublime. El sacrificio es el que enaltece al hombre; el amor todo lo alcanza; pues la grandeza nace de la decisión de ánimo.

Descendiente de dos naciones, cuyas respectivas

historias asombran al mundo, palpita en mi pecho lo más generoso y noble; pues mi genealogía desprende las ramas de mi origen de España y Grecia, y pronunciar esos nombres, es enunciar las victorias más eximias que han podido contemplar los tiempos y las edades. La una presenta á Lepanto, San Quintín, Bailén y Gerona; la otra el sitio de Troya y el Paso de las Termópilas. Grecia os habla de Aquiles, Temístocles, Néstor y Diómedes; España de Fernando, Carlos Quinto, Isabel y Hernán Cortés. Una señala el Areópago y sus grandes sabios, perínclitos filósofos; la otra muestra las torres de Granada y la Alhambra, que parece lanzar aún provocativo reto musulmán, y la Cruz, en lo más prominente de la Giralda, velando por la bandera española. En Atenas nacieron las ciencias, las artes, la poesía; en Salamanca tuvieron incremento, trepando en las cumbres de la gloria; la primera les dió el ser, la segunda les dió alas para hender el espacio; allá se formó el ingenio, aquí consiguió su fulgencia el genio; allá luz, aquí vibraciones; allá chispas, aquí hogueras de brasas encendidas; allá brillo, aquí fulgores; allá vencimientos, aquí victorias; allá meritos, aquí triunfos.

El monte Helicón y el Etna custodian las pentélicas vegas de la que fué señora del Oriente, de la heroica épica madre Atenas, en cuyos pavimentos duermen tranquilos, en silencio profundo, los elocuentes *sofius*—ínclitos varones—que, con repetos y admiración adoran de rodillas los siglos; y Calpe y Avila son los centinelas de la Europa y en donde la profunda ciencia del mendigo de Génova inscribió:



*Plus ultra*, rompiendo la inscripción que decía: *No hay más allá*, amparado tan solo por soberana heroína de Castilla y Aragón. En aquellas montañas consérvase en caracteres indelebles la grandeza griega, y en éstas, á cuyos pies yacen derrotadas las huestes de Atila, Boabdil y Mahoma, con cetros, turbantes y media-luna hechos pedazos, se haya escrito con letras de oro, ó con chispas de luz febea la magnanimidad de la que no vió ponerse en sus horizontes el sol . . . . .

Se mezclan en mis venas tres distintas sangres, que forman una sola, mi ser: la una recuerda á una raza homérica que se alza gigante sobre los siglos y las generaciones; y la otra trae á la memoria el nombre de una raza conquistadora, y por conquistadora valiente, y por valiente bizarra, y por bizarra grande, noble y generosa. La tercera á una nación conquistada, siendo el asombro de sus conquistadores, y cuyo heroísmo estriba en lo sublime; indios aztecas cuyo ardimiento ha dejado á las generaciones de tres centurias abismadas, y al vibrar sus victorias ha disminuído la luz del sol y eclipsado el centelleo de las estrellas. Y al presentarme en vuestras filas, soy azteca valeroso con origen greco-hispano, y como tal, tengo en la mente ideas grandes y siento lo que vosotros sentís al escucharme.

Si penetrarais á mi interior ó comprendierais lo que en mi pensamiento surge, de seguro, queridos iberos, no habrÍais de ver al pigmeo que ocupa un puesto que dista de merecerlo, sino al patriota, que, como un volcán, su corazón estalla con explosiones

de fuego: y si en estos momentos me fuese dable enseñaros el corazón que, descompasado, late en mi turbado pecho, veríais, no un trozo de carne fría, digno tan sólo para pasto de los miserables canes, sino un corazón que arde y se agita como la llama, abrasándose en sentimientos nobles; un corazón que ama, quiere y se entusiasma, porque á amar, querer y entusiasmarse le han enseñado. Ni debe extrañaros que un mexicano hable á una agrupación española, exprese ideas y dé opiniones que, al parecer de los ignorantes, están en pugna con el credo de hombres libres é independientes. Extrañeza cabría si el mexicano manifestara sus inclinaciones en idioma distinto al vuestro, no cuando ambos—español y mexicano—tienen las mismas ideas, profesan igual religión y poseen idénticas costumbres, dándose á entender en un mismo lenguaje. Uno es nuestro destino, porque uno es nuestro principio; una es nuestra gloria, porque una fué nuestra lucha; uno es nuestro fin, porque uno es nuestro origen.

Yo no os considero como extranjeros en mi país, porque vuestra tierra me acogió como á un propio hermano, y mengua sería para el hidalgo descendiente de Cuauhtemoc y la Malinche establecer distinciones entre mexicanos y españoles. En México el español es mexicano y en España el mexicano es español. Y si ahora oís á un mexicano, ese es defensor de vuestra causa, y es de aquellos que piensan y con ciclópea indignación escupe el rostro de los viles y acude á la defensa de una nación que es nido de héroes. Vosotros vais á escuchar á uno de los

vuestros y yo tendré la honra de dirigirme á los míos.

Sólo una cosa lamento: el que no brille en mi obscura frente la antorcha del saber, para tener la elocuencia que deseara en estos momentos, gratos para mí, y tal vez tristes para vosotros; así podría exclamar con aquel perínclito sabio: *Equidem beatus puto, quibus deorum númere datun est aut facere scribenda aut scribe legenda; beatissimus vero, quibus utrumque*, (1). Porque esta ilustre colonia que se ha servido distinguirme entre los suyos, concediéndome especial merced al colocarme en esta altura, destinada para los hombres de talento y vastas dotes intelectuales, sólo quedaría satisfecha con una voz de más autorización que la mía. No digo eso por reincidir en una ruta inveterada de escritor, sino que yo comprendo de lo que soy capaz y con lealtad lo confieso. Sócrates decía: *Sabemos tanto que todo lo ignoramos*, y yo, ¿podré pregonar lo contrario? No permite mi modo de ser abandonar una escuela filosófica cuyo maestro es el mío. Pero ya que mis pequeñísimos alcances no ceden en más, espero indulgencia, porque bien la merece el afiliado á una causa y la defiende con pluma valiente, arrostrando todas las consecuencias; máxime cuando sé bien que sois benévolos y consideráis al que contribuye con su menudo grano de arena.

El motivo que hoy me hace hablar, háme hecho dirigir la voz á otros centros, si en más solemnes ocasiones, no más benignas que la presente, porque pertenezco al número de los hombres de que habla

---

(1) Plinio; Lib. VI, epístola XVI.

el historiador mongólico Abdoul Rahym (1627): *Siempre luchar por las ideas políticas hasta que triunfen ó se perezca*. Es de hombres de ánimo débil y mezquino poner los cimientos de un edificio para abandonarlo á los furores del huracán. El que persevera, según Tamayo y Baus; es el que obtiene la victoria. *Finis coronat opus*, dijo Virgilio. Aunque he luchado mucho por el sostenimiento de mis ideas inquebrantables, espero el triunfo. Al lado de los fulgentes rayos de la luz aparece la sombra; así como á la gloria de Colón se opuso la envidia de Bobadilla y la ignorancia de Lactancio. Acertadamente dijo Núñez de Arce que el genio nace lidiando, para morir triunfando. Mas yo no he venido á filosofar sobre mi panegírico, ni quiero contristar ánimos, para enjugar lágrimas. No pretendo, imitando á Jeremías, exponer mis quejas; España, el derecho y la justicia, me obligan á hablar: no importa que por tales principios viva aislado y perseguido por los mezquinos que venden su fé y sacrifican la conciencia al estómago, pues sabido es, españoles, que la *babosa* que se arrastra cabe las aguas del mar, nunca llega á manchar las límpidas alas del águila que tiende el vuelo en las alturas, hendiendo el diáfano espacio. Es verdad que los ánimos templados al crisol de los empujes de la vida desmayan al ver tantos hombres interponiendo á sus pasos tenebrosa luz del abismo; se desalientan hasta los más grandes en vista de tantos “íncolas torbos del flagrante averno.”

Pero quede aquí todo esto y pasemos á plantear la cuestión, para poder inferir de toda esta serie de



argumentos nuestra doctrina. Los pueblos de una misma raza deben tener el mismo destino, por lo mismo que traen el mismo origen; siendo de igual origen, deben aspirar al mismo fin, pues de una misma naturaleza proceden y son: esa aspiración á un solo fin, por tener igual naturaleza é idénticas tendencias, requiere y pide mutua ayuda para obtenerlo, lo cual no podría conseguirse sin un tratado de unión. Nadie podrá objetar al derecho de la tal unión. Luego con todo vigor podremos inferir, vistas las anteriores proposiciones, que los pueblos de la raza latina deben estar unidos para afrontar las situaciones políticas que peligran su tranquilidad y perturban su armonía, alterando la paz interior y exterior.

Los países de la raza latina han sido los guardianes de la justicia, del deber y del derecho—raza vigorosa y valiente que ha dado al mundo las figuras colosales más prominentes, para cuyas plantas sería infeliz y pequeño pedestal la tierra.—

A España le está reservado el lugar más sublime de la historia, porque robó á Grecia su grandeza y á Roma su excelsitud; y mientras sea la guardiana de la moral y permanezca firme al pie de la Cruz que le dió la victoria sobre la media luna, ocupará lugar distinguido en el movimiento universal y será el asombro del mundo entero.

Los países conquistados son el reflejo de la nación conquistadora, y, aunque en estado de emancipación, deben estar unidos á ésta y correr su suerte; porque no pueden los pasados odios y rencores apagar los fúlgidos destellos de recompensa que

deben existir en todo pecho sincero y noble: la virtud oprime al vicio, la grandeza á la ruindad y el valor á la cobardía mezquina. La gratitud es el férreo yugo de la envidia, y solo los ignorantes, almas viles y bajas, traen á la memoria los hechos carcomidos por la sucesión de los siglos. Así, pues, los países hispano-americanos deben acudir á la defensa de España y afrontar sus peligros, porque ningún hijo vería con serenidad de ánimo ni con ojos benignos á su madre ultrajada.

Cuba debe ser española, pues España debe ocupar lugar en el Continente Americano, por el solo hecho de haberlo descubierto á costa de sus propios intereses; y, antes que mostrarse débil á los ojos del mundo, debe sacudir sus fuerzas y escupir en el rostro de todo el que quiera intervenir, ya directa, ya indirectamente, en asuntos que no le incumben.

Estos son los puntos, nobles amigos, que trataré de demostrar. Yo procuraré imbuir en mis argumentaciones las ideas de distinguidos é ilustres varones que sobre el particular han hablado, sin alejarme de la recta filosofía ni del severo criterio de la historia. Y como el campo que he escogido se extiende demasiado, procuraré acortarlo, abreviando lo más que pueda.

Ardua es la tarea que me impongo, pero cuento con vuestra indulgencia, la que nunca pensé poner á comentaciones, á pesar de no ser conocido en este lugar, pero el hermano no es posible que espere daño alguno del propio hermano; ¿podré yo dudar acaso de vuestra bondad?

En distintas circunstancias, y en este mi querido

país, dejó oír su voz una señora cuyo nombre es fácil adivinarlo; pero no penetró en un laberinto igual al mío, porque su discurso, en mi humilde sentir, se redujo á refutar, haciendo contrapeso en la opinión, el de un individuo cuyas frases lo ponían fuera del nivel de la gente sensata, desde luego que desgarraba la dignidad del primer mortal que topó en su camino, digo, aquella dama no hizo más que contestar á aquel . . . . .senador norteamericano que, sin ton ni son y en pleno parlamento, atacó é insultó injustamente á España, interviniendo en cuestiones que se encontraban fuera de la órbita de sus obligaciones. Ahora yo sigo una ruta bien diversa; no voy á narrar hechos y cosas por aquel estilo, voy á establecer y resolver, si es posible, un problema de interés universal, pues sirve de contradictoria á una doctrina que en todos los círculos, es comentada, ahora que el poder de los cañones conmueve el mundo. Si logro mi intento, habré conseguido hacerme digno de vosotros y alcanzado el lauro que esperaba, para decir con aquel grandilocuo latino: *Quidquid ab eo amavimus, quidquid mirati sumus manet mansurumque est in animis hominum in eternitate temporum fama rerum . . . posteritati narratus et traditus, superstis erit* (1).

## II

El Océano Pacífico, coronado de espumosas y transparentes olas, ruge airoso. Sus ondas de inmensa grandeza, azotan con aire soberano unas

---

(1) Tácito, Vida de Agrícola. cap. 46.

contra otras, ó en prolongadas y soberbias filas, cual grupos de soldados en batalla, ataviadas de níveas y crespas cabelleras, lentas avanzan, bramando, á estrellarse en las abruptas rocas, y su tempestuoso estallido se confunde con las profundas soledades del abismo. Entre tanto, el rubicundo Apolo deja reflejar sus ardientes rayos en la superficie de plata y azul del mar. Y sopla alegre la brisa, murmurando, al estampar su suave y delicioso beso en la rizada espuma, blando lecho argentado, donde risueña duerme la púdica ninfa de las olas. Cruzan su extensión inmensa los buques, apenas visibles en sus luengas y oscilantes llanuras, siendo de vez en cuando pobres víctimas de sus mareas embravecidas. Cuando el Creador quiere humillar al hombre, entonces húndense las naves en el abismo de las aguas. Pero hoy tranquilo rebrama el monarca potente y grandioso de los mares, bañando las hermosas y fértiles costas de ricos y magníficos países del regio continente de las Américas, teniendo por centinelas al tigre y al león salvajes, que, separados, mansos por sus vastas playas se pasean y dirigen una que otra mirada de sumisión y respeto allá donde la bóveda celeste parece dar fin, y luego siguen su marcha....

Y mientras el Pacífico goza quieto de la paz, del Atlántico agita las olas del ruido producido por el choque de las armas marciales, esgrimidas por una nación grande, como grandes son los siglos y cuyo pasado tiene tantas glorias, que expiden más luz que la que pueden dar todos los astros juntos que tachonan el espacio, y un grupo de hombres van-



dálícos, seres que, por no sufrir el peso de la ley, la cual castiga al bandido, rugen como las fieras, emboscadas en la aspereza de las montañas, cuyo salvajismo comparten con una nación ambiciosa y homicida. Cuando las olas del uno susurran risa, las del opuesto murmuran gemidos de seres que pasan de una vida á otra; cuando el uno brama y su bramido alegra, el otro cruge semejando el estertor del agonizante: cuando las ondas del uno se abrazan amorosas, dándose el ósculo de paz, las del otro se rechazan con furor y se hieren y matan sin piedad. Los que viven cabe las playas del uno, pasan sin cuidado ni pena la vida, pero los habitantes de las otras riberas están inquietos.

Del Pacífico riza las ondas la blanca espuma: pero el Atlántico está teñido con sangre humana, porque en sus playas hacen su oficio la dinamita y la pólvora, produciendo el exterminio y la desolación; allí luchan la hija, la madre, y una nación entrometida, infractora de todo derecho: Cuba, España, y los Estados Unidos. La primera pelea su independencia—quiere salir del edén y precipitarse al infierno,—y la segunda su derecho de pertenencia, que para ello la autoriza el derecho de conquista y de civilización; la tercera es el tigre que devora. Y las tres combaten (con traición unas; otra en orden de guerra) con resuelto denuedo, sin transigir, porque de parte de la Península no cabe transacción posible en estas circunstancias, si no es para reducir á cenizas lo que tanto le ha costado: del mismo modo que yo no cedería mi casa al primer impostor é infame que se presenta provocándome á combate, fin-

giéndose rebelde para conquistar libertad é independencia, y así despojarme de lo que no es suyo y es mío. Seguirá así la cuestión hasta que la fuerza bruta la decida en favor de alguna de las partes combatientes; porque la hidalga España, recordando su antiguo esplendor y poderío, no puede deponer los escudos, hasta vencer ó ser vencida....

Así es, así pasan las cosas....en tanto la soberbia Europa, en sus diversas naciones—menos unas cuantas que visten luto en recompensa de sus propios crímenes—estólida se levanta á prepararse para la exposición de fin de siglo. Allá acudirá la turba de ávidos pretendientes, sedientos á exhibir los diversos productos del adelanto y progreso humanos; y todos los pueblos del mundo, excepto unos pocos, se aprestan preparando presurosos la corona de triunfos que ha legado el siglo XIX, ó de las centellas, según algunos. De todas las partes del globo nos parece el grito de júbilo escuchar, como en son de bélica trompeta, anunciando la festividad solemne, dedicada á dar la despedida, el último adios á un siglo y la bienvenida al otro, esperando tan solo que la orgullosa ciudad del Sena dé la última señal desde la cumbre de su segunda Babel, símbolo de la destrucción y del crimen. La especie humana, que se encuentra derramada por todo el mundo, ansiosa y agitada, espera, como lo estuvo en el año de 1889, á la deificación de la guillotina, el resultado de tantos preparativos: la torre Eiffel representa la iniquidad del antropófago, mas también se quieren celebrar los triunfos de la prostitución.

Sea lo que fuere, españoles, esos son los torneos que premian las industrias del trabajo en un país en donde la civilización duerme en brazos de la paz. Todas las naciones, pues, contribuirán á la Exposición de 1900, todas exhibirán el fruto de sus suelos. Solo España mandará cadáveres de sus hijos y cenizas de Cuba, porque en esta lucha ambas desmerecerán.

### III

La cuestión de Cuba, señores, es el asunto importante del día; no hay club, reunión, ni periódico en que no se hable de ella. El rumor de la guerra hispano-cubana se deja oír como huracán que estalla, tanto allende como aquende los mares; y es que la Iberia, hojeando su pasada historia, se ha levantado heroica, cual titán que hacia algún punto dirige su mirada y con aire supremo sacude sus fuerzas diciendo al mundo entero: *En donde comienza España todo concluye*. Y puedo asegurar que el solio de los reyes se ha cimbrado y las coronas regias han rodado por tierra á la sola mención de la revolución de Cuba, y la política universal se siente sacudir desde sus cimientos, no por lo que vale en sí, sino por la guerra general que lleva invívita, como veremos más adelante: y asegurar puedo también que no hay hombre, sin distinguir edades, que no discuta y dé opiniones sobre la guerra cubana, en la que la patria de los Reyes Católicos y los Fernández de Guzmán ha dejado estupefacta á la Europa; porque así como el águila del Anáhuac dijo al orbe, cerniendo en el espacio sus alas: *Con solo mi nombre venzo*,

el león castellano, encrespando la melena, dice: *Con sólo enseñar el pabellón de rojo y gualda es mía la victoria.*

Las circunstancias que han escapado á la mirada investigadora de los grandes políticos, como Bismarck y Faure, y que rodean al caso, lo hacen más interesante de lo que á la simple vista parece. Una nación constituida en su gobierno independiente, sostiene sus derechos contra una horda de manigüeros, apoyados por una república que, aunque grande, desconoce los principios del Derecho Internacional, flagela éstos, haciendo valer una doctrina que no puede ni tiene razón de ser, sin perjuicio de nuestra vigorosa raza y de los intereses del Continente; y aunque parezca sonar lisonjera al oído, no es más que una bárbara utopía, que echa por tierra el Derecho de Gentes, el cual tuvo nacimiento y propaganda en América, antes que nación alguna: tuvo vida el Nuevo Mundo y luego hubo necesidad absoluta de leyes que pudiesen unir el viejo con el recién nacido Continente; ellas fueron motivo de una nueva legislación, un nuevo derecho, el cual, aunque era conocido de lo antiguo, pero distaba de la perfección que le dió un mundo hijo de la audacia de un marino loco de gloria y descubrimientos. ¡Mengua y vergüenza de crimen sin fondo sería que el padre quitase la vida al hijo!

¿No veis? La cuestión no se reduce á una cosa sencilla y simple; tira un poco más alto. No toca asuntos incumbentes á un solo país; se relaciona con potencias respetables en la esfera de las naciones cultas. Y si para los extraños es interesante, ¿cómo



lo será para vosotros, bravos é intrépidos descendientes de León y Castilla, Aragón y Narbona? Si irritada circula hirviente por las venas la sangre de uno que otro americano fiel que, indignado, escupe el rostro del separatista, ¿qué haréis vosotros que tenéis á honra el llamaros en alta voz españoles? Comprendo que todos en grupo debéis morir, perecer al pie del pabellón que os legara Pelayo, para que digáis al universo entero: ¡España acabará cuando acaben todos sus hijos!

Pero me he separado bastante de mi objeto. Aun no es éste el asunto que aquí me trae, porque yo sé bien que los que me escuchan son honra de la patria y han puesto todos sus esfuerzos en pro de la causa. Mi objeto debería ser más bien para los continentales; convencer al convencido, parecería paradoja; pero yo, si es cierto que voy á tocar puntos que en la conciencia íntima de todos está, á esos mismos pienso darles una forma nueva que ya no reside en la inteligencia común. Pues de otra manera no hay cuestión que no haya resentido la huella humana, por aquello de *Nihil novum sub sole*. Que si en verdad lo que en mi mente existe, existiese, en igualdad de circunstancias, en todas las demás, no sólo fuera de inútil exposición, sino que imposible con imposibilidad absoluta el desarrollo de una idea que tan alta contradicción encierra. En las demás inteligencias hay ideas en masa confusa, ó las podrá haber lúcidas y claras, pero, aunque sea una misma la cosa pensada, los pensamientos que la cruzan son forzosamente diversos, y por consiguiente, cada uno presenta una novedad. Además, yo quie-

ro fijar y ensanchar la persuasión y el convencimiento, y logrado esto, llamar el ardiente patriotismo de quien se precia de ser buen español.

Este es mi objeto y este es mi fin.

#### IV

De la unión nace la fuerza, porque lo que no pueda hacer uno aislado, lo harán con más acierto dos ó tres; pues los medios estratégicos que pasan por una ó más mentes, están dotados de conformidad y acuerdo, dan más lucidez á la idea y seguridad para la victoria. La razón es obvia. Un pensamiento que nace y crece por sí sólo, puede estar errado, mientras dos ó tres que, de mútua concordancia, solidifican una opinión, forman autoridad de criterio y son veraces, pues que todos yerren en el mismo contacto no es posible, estando en el uso pleno de las facultades para operar. La pluralidad en la unidad es señal cierta de evidencia. Lo mismo que pasa y sucede en el mundo intelectual, acaece en el físico. Dos tienen más valor que uno, tres que dos, cuatro que tres, cinco que cuatro, diez que cinco; y lo que sobrepuje á las fuerzas de los diez estará al alcance de ese número multiplicado por sí mismo. Así continuará la progresión "in crescendo," hasta que el número formado por el resultado llegue á ser considerable, y por ende, invencible, si se tratase de luchar entre entes animados. Ni se ha equivocado quien tal principio sentó, porque él lo dijo y puso el ejemplo, fué el terror del globo, y al brillo de su acero tembló la Europa.

Cruzó de Sur á Norte, de Oriente á Poniente del mundo antiguo, y Marengo, Austerlitz y Jena, en sus derrumbados muros, cantan las glorias del gran Vencedor. Sebastopol parece decir: Al paso del genio de la guerra, la ciudad dóblase de rodillas y son pequeñas y débiles sombras las hazañas de César y Alejandro, Mahomet y Atila. Probablemente que tal asombro sólo provino del gran principio, piedra fundamental de su heroísmo. Un ejército pequeño, pero invencible por la unión; corto número de individuos, pero con rigurosa disciplina; pocos soldados, pero una sola voz de mando; limitada cifra de tropa, pero todas las voluntades de sus miembros estaban basadas en una, la cual aspiraba á un solo fin. De la unión brota la fuerza; y con ese lema grandioso y sublime, avanza aquel coloso extraordinario, y las filas enemigas, de número indefinido, le abren paso sin tocar las armas, como si aquel hombre fuese un ser sobrenatural, ó el mismo dios de la guerra que desciende entre centellas, con eximio poder, á tomar posesión de lo suyo. A la vanguardia de poquísimos hombres marcha, siempre adelante, el que no parece sino el azote del Viejo Continente, y los soldados del bando enemigo se desfilan, cuando no le dan paso libre, como abejas espantadas de sus colmenas, dando más brillo al victorioso General que, sin acordarse de Santa Elena, exclama: "¡Dios en el cielo y Napoleón en la tierra!" La Alemania, llena de pavor, recogiendo cadáveres sin cuento, se contenta con llorar su desgracia y su mala estrella, negra como su estandarte, que el ínclito conquistador pasea sobre las olas del

Mediterráneo y Mar Rojo. La Prusia consuélase rindiendo lauros de triunfos al titán formidable que desde su tumba parece derribar los muros del mundo. La Rusia, la autocrática Rusia, dobla la cerviz, conformándose con decir: "Allá va Napoleón".... Y ese Napoleón, que quiere poner nuevos quicios al planeta, que daba la voz de ¡cuatro pasos adelante, y los súbditos militares se dejaban venir de cincuenta metros de altura, yéndose á pique á las profundidades de un mundo desconocido, al pronunciar el nombre de España, detiene su vertiginosa carrera, retrocede el paso y no se atreve á tomar ánimo para que su bridón pise la tierra que baña el Guadarrama..... Mas, con todo y eso, mucho hizo y de sus victorias pueden dar fe la historia, la conciencia íntima, los pueblos vencidos...

No fué cobarde y pusilánime quien tanto hizo: la Francia de hoy quisiera la de ayer. A honra y gloria tendria la Francia del 93 y de la Comune volver á los tiempos napoleónicos, por más que haya rechazado á fuerza de sangre las constituciones monárquicas. Cada nación debe tener la forma de Gobierno que más convenga y adecúe con su modo de ser y carácter; y la manera de ser del pueblo francés tira más al reinado que á la república. La Francia, antigua y vieja monarquía, no puede acostumbrarse á unas instituciones democráticas para las que no tienen disposición sus habitantes. Si el gobierno de un pueblo ó Estado se redujera á las cosas, Francia estaría buena para la democracia, pero el gobierno, las instituciones gubernativas, miran directamente á las personas, y, como posesión de éstas, á las cosas.



Siendo así, Turquía, Italia, Inglaterra y demás países europeos caerían en el anarquismo ó en el "nihilismo" si pretendiesen ingresar al gremio democrático. Son Estados que no les sería fácil la transición de forma, por lo mismo de su antigüedad; las ideas religiosas y políticas, bien arraigadas, tarde ó nunca se borran de la convicta memoria. Si Francia se llama república, sólo el nombre tiene de tal, porque sus instituciones, aunque sean muy buenas, están basadas en gérmenes monárquicos, más que en verdaderos principios republicanos. Esto no quiere decir que yo no simpatice con la República Francesa, pero sí diría: ¡si un Napoleón I hubiese en la actualidad! . . . . . no hubiera sido la patria de las Galias el juguete de los germánicos Guillelmos en la pérdida de la Alsacia y la Lorena.

En el orden regular de las cosas, el fuerte siempre está contra el débil, y procura despojarlo de sus propiedades y de esa ambición humana nació la lucha; ésta antiguamente se sostenía de individuo á individuo, de hombre á hombre, como se observa en los tiempos primitivos. Creció la audacia y el despotismo humanos y, por consiguiente, la inteligencia de defensa y la lucha que mantenían dos sujetos estallaba entre dos pueblos; cada cual alegando derechos propios que á un mismo tiempo despertaban la discordia entre dos naciones. De esas tendencias del espíritu ambicioso del hombre, de poseerlo todo, codicioso al grado de no respetar la propiedad ajena, tuvo su origen y nacimiento la guerra, que no es más que el derecho de pertenencia disputado por dos ó más naciones por medio de las ar-

mas, de las cuales cada una se juzga dueña de la cosa disputada. En estos casos las naciones débiles necesitan de la ayuda. El hombre, en el mundo corpóreo, por sí nada vale, ni nada puede alegar; el ente social ha de menester de impulso. No todos nacen con los mismos medios ni las mismas fuerzas. De acuerdo están la lógica y el sentido común. Ni mucho menos todos tienen iguales facultades para resistir el embate de un enemigo tirano y déspota.

Por lo mismo que justicia verdadera no hay en la tierra, se tuvo que acudir á los medios no humanitarios para dar á cada quien lo que es suyo por derecho; medios que, á la simple reflexión, resultan infames, puesto que su fin es alegar ó inquirir lo justo mediando la destrucción del individuo-hombre; pero si es cierto que son inhumanos, no son ni ilegales ni mucho menos injustos. Tampoco podríase asegurar que son caritativos, que éste es el extremo y extremo contrario. Sus actos, que son enérgicos é inhumanos en disputas internacionales, aunque parezcan en contra de la justicia, son justos las más veces. La idea de inhumanidad no excluye la de la justicia. Por eso exclamó aquel sabio: "hay cosas buenas, en apariencia malas." Tal sentencia reconocieron el historiador y autor árabes Abdallatif (1161-1231) y Abul-Obaid al-Cachem (838), cuyas inteligencias, aunque no del todo sanas, llegaron á brillar en aquel tiempo.

---

Esta necesidad de unión, que la historia y la experiencia demandan y reclaman, no sólo en los fines del siglo se ha palpado su utilidad, sino que en las primeras décadas se comprendió su conveniencia. Sin remontarme á la antigüedad ni alejarme de nuestra historia, pasaré la vista por el Continente Americano, para que de un hecho, que atestigua la filosofía de la historia, broten los fundamentos de mi doctrina.

Las provincias sud-americanas, para obtener la independencia, les lanzó la proclama de unión el Gran Bolívar, quien, aprovechándose de la prisión de Fernando VII, obtuvo la libertad de aquéllas. Convocó á todos los generales de las diversas entidades para que fundieran sus elementos en uno y peleasen una sola causa; porque con los medios particulares de cada provincia no era posible rechazar el mando español y conseguir la autonomía de ellas; mas unidos los elementos de todas ellas, era fácil la consecución del fin que se buscaba, que era uno. Por nada ignoraba Bolívar que, aisladas sus fuerzas, era pérdida de tiempo; pues aunque España se encontraba en difíciles condiciones por la guerra con Francia, se hubiera disipado como la brisa la oportunidad, y de ninguna manera se hubiese adquirido la independencia. Por más que se diga, nuestra independencia fué oportunidad de circunstancias; nuestro heroísmo nació de la impotencia de un monarca afeminado, débil y cobarde, que la historia nunca maldecirá lo suficiente: el estandarte de la

libertad hispano-americana flotó aprovechando el sueño de la madre patria; y esto indica que se ha herido con ventaja y sobre caído. De otro modo, sería injuriar á la historia, si atrevidamente afirmásemos una victoria ilusa, que nunca hubiese tenido lugar más que en imaginaciones exaltadas. Pero, sea una ú otra cosa, aliadas aquellas provincias, pudieron gritar su libertad, y la independencia del sud del continente americano fué fruto de la debilidad é impotencia de un hombre ignorante en cuestiones de Estado, é hija de la unión.

Centro-América, años después, tampoco hubiese podido obtener su emancipación sin la ayuda que le prestaron México y Colombia; éstas le dieron vigor y fuerza, y, sin una gota de sangre derramada, logró hacerse independiente, aunque la villanía de sus tiránicos gobernantes haya deshecho el vínculo que unía todo el Centro, haciendo de él cinco pequeñas repúblicas, tan débiles, que á cada paso son juguetes de la Inglaterra ó burla de los Estados Unidos.

En cuanto á las naciones antiguas, la historia nos habla de las principales, y nos dice con certeza que vieron las ventajas de las naciones unidas. Persia, Esparta, Cartago y Atenas, nos dejan ver algo. Así es que, tanto en los antiguos medios como modernos tiempos, tenemos pruebas en pro y ejemplos elocuentes. Es el orden de las cosas: cuando un Estado se siente débil, busca la amistad de otro.



## VI

Si naciones poderosas buscan las ventajas para su mejor progreso y desarrollo, ¿cómo se eximen de hacerlo las débiles? Nadie más faltos de medios de defensa que los Estados hispano-americanos, amenazados por un coloso en sus regiones del Norte.

Cualquiera de las potencias que forman la Triple Alianza resisten las agitaciones políticas mejor que todas las hispano-americanas juntas, y se unen para hacerse más temibles. Nosotros, en nuestro aislamiento, somos pequeños y débiles, pero unidos seremos grandes y fuertes. ¿Quién se atrevería contra nosotros, si procurásemos la unión hispano-americana? Problema es éste que ha preocupado á los más grandes hombres de Estado; y, aunque ya existía hace tiempo la doctrina, el Ecuador acaba de iniciar su práctica. Con tal motivo se ha querido convocar un congreso pan-americano; sólo que no estamos de conformidad con tal iniciativa, porque no sólo se trata de la unión latino-americana, sino también incluye á la otra raza vecina. Por lo pronto, no aprobamos los afanes del Sr. Alfaro. Cada oveja con su pareja; exclúyase á los Estados Unidos y estamos conformes. No es posible tratado de unión entre Estados de diferentes sentimientos. Nuestra raza es viril; todo lo sacrifica al sentimiento del corazón; pero el norteamericano, al decir de un moderno diplomático, no tiene más ley que el dinero, y todos los afectos á él quedan subyugados: y el mundo ideal, el mundo del sentimiento, no puede unirse ni mezclarse con el mundo del positivismo, metaliza-

do y frío, donde los afectos del corazón ya no laten y el sentimiento no es más que un esclavo de una pasión mezquina y pobre. Así es que el señor D. Eloy Alfaro pretende lo imposible: hemos nacido para diversos fines.

Pero con la simple alianza de todas las repúblicas americanas, oriundas de España, entre sí, no quedarían satisfechas las intenciones de éste discurso; para que queden llenas las ambiciones del que hoy empuña el arma del tribuno, hay que ir más allá.

Las ventajas de la unión son dar más potencia á dos ó más países, según queda dicho; y nada avanzarían nuestras repúblicas unidas entre sí, porque carecen de los elementos de guerra marítimos; y unidas y sin unión siempre serían el juguete de las naciones vecinas. Para resguardar nuestros territorios y hacernos respetar debemos estrechar, como hermana, la cariñosa mano de la que ayer fué nuestra madre. Que se estrechen los vínculos entre países que tienen los mismos sentimientos, costumbres é idioma, ya que no es posible hacerlo con todos los pueblos de una misma raza. Pero en nuestra ingratitud añeja, en nuestros odios, abrimos nuestras puertas al que nos sigue males, damos un pan al que no corresponde un favor, llamando afeminado y cobarde al que se lo dá en nombre de la Cruz que nos sacó á la vida de los civilizados, y maldecimos y befamos al que, desinteresadamente, comparte sus caricias con nosotros y balbute en nuestro propio lenguaje las dulces plegarias que el amor maternal nos enseñara en los halagüeños días de la niñez. ¡Cuán temibles ante el universo-mundo fueran, si la union

se hiciese con todas las potencias de la raza latina! La Italia no sería juguete de un país bárbaro y salvaje, ni hubiese sido derrotada por las tropas de Menelik de una manera tan lastimosa y triste; Francia no tendría que acudir á estrechar la mano de un Czar autócrata; España no hubiese sido víctima de la sangrienta Inglaterra en Gibraltar, ni ésta hubiese puesto las inicuas plantas, cebándose, en Nicaragua y Venezuela; México tendría íntegro su territorio nacional, no hubiéramos sido atropellados por esa monstruosa y colosal nación, ni hubieran esos héroes alumnos de Chapultepec celebrado el aniversario de los que aumentaron la luz del cielo al morir el año de 1847, esos militares para quienes el espacio es un peldaño de gloria. No estaría el yankee disfrutando de nuestras riquezas, ni nos llamaría cobardes, comiendo nuestro pan. Pero ya que no es posible la unión de toda la raza por hoy, procuremos la unión de los que hablan un mismo idioma y descenden de un mismo Estado, y daremos un paso gigantesco en el camino del progreso.

Nosotros no tenemos armas capaces para custodiar nuestras costas y éstas continuamente corren peligro. Con cuatro buques contrahechos, que son el hazmereir de las bravas olas, no es fácil vigilar una tierra que es la divisa de toda la Europa; pero sí puédesse perfectamente si se pacta un tratado de unión: lo que á una nación falta, otra se lo podrá proporcionar. Con semejante proceder, tiempo haría de que las provincias que nos arrebataron los yankees estuviesen de nuevo en nuestro poder. No sufrirían malestar con tal unión nuestras libertades,

porque la madre patria nos quiere con sinceridad. La madre no desea la coacción de la hija casada, ni trastornar su modo de ser interior, pero sí el modo de ser exterior desearía unirse á él para defender á la hija en los peligros. Igual cosa acontece con España, nación libre como la que más se precia en serlo. No puede atropellar nuestra independencia la que nos dió libertad é independencia. Afírmese lo que se quiera, ella nos enseñó á conquistar la emancipación de que disfrutamos.

## VII

A España debemos unirnos, porque ella empuña el estandarte de la raza. Siete siglos luchó por su emancipación. Desde que empieza la guerra de independencia, desde que nació el reino español, son puros triunfos. El primer periodo, que empieza en el nacimiento del nuevo reino (412,) con su capital en Narbona, teniendo por primer rey á Ataulfo, son puros combates victoriosos hasta el rey de Wamba que termina este periodo (672.) Sigerico le da un brillo triunfal á España, derrotando á los romanos á cada encuentro. Avanzan los tiempos y nacen Uvalía, Teodoredo, que derrota al azote de la Europa, al jefe de los vándalos del norte, á Atila que gritaba: "Donde mi caballo pisa no nacerá yerba;" Jurismundo, Alarico, Leovigildo, Recaredo, Sisebuto y Suinleta. Luego viene el desgraciado D. Rodrigo para terminar el primer peldaño histórico de España. Se mancha un poco el gobierno con la conducta indigna de D. Rodrigo;



pero llega Pelayo y España concluye su emancipación; empieza el segundo [716] periodo con el héroe más grande que ha tenido España. Consigue la patria su independencia de Roma con el transcurso de siete siglos de continuo batallar, y tremola en Covadonga su bandera de libre. Siguen los pasos de Pelayo Alonso I, Froyla I, Alonso II, llamado el casto, Ramiro I, Ordoño I, Alonso el grande, Froyla II y Bermudo III; todos luchan por el bien nacional. Porque rechazó España apenas el poder de Roma y la invadieron los moros, y siguen en sus territorios hasta Felipe V (1517.) Lucharon contra los prosélitos del Profeta desde el tercer periodo [1038.] Almas templadas por el valor se vieron en España en esa época, tal vez la más sublime de su historia, como Fernando I, Alonso VIII, Alonso el sabio, Fernando II y Sancho IV, Juan II y Enrique IV. Con broche de oro cierra el tercer periodo la venida de los reyes Católicos, Fernando IV é Isabel II que concluyen con los moros en Granada, de donde sale llorando Boabdil desconsolado. Fernando é Isabel forman una página gloriosa en la historia de España. Según se ve, la nación española ha estado en continua guerra; y sin embargo, se aisló por completo, á pura pujanza de los demás pueblos europeos; fijó su gobierno, sus costumbres, su religión, su idioma, y tremoló, al cabo de tanto tiempo de gigantesca pelea, su Cruz y su bandera que debían ondular en nuestro virgen continente en pos de no lejanos años. Vinieron los tiempos felices y Dios señala las joyas de la reina sublime para el descubrimien-

to de un mundo. Un mendigo profeta, cual ave misteriosa, al consejo de un humilde fraile de la Rábida, asalta los tronos..... y .....se lanza á los piélagos profundos del abismo de las aguas con tres pequeñas embarcaciones, juguetes del océano, en cuyos mástiles iza el Signo de Redención y el pabellón de los Católicos monarcas ibéricos: ese insigne marino trae todo lo que una nación generosa puede dar; en tanto el moro abdicaba todo su poderío en la reina D<sup>a</sup> Isabel. Descubre un continente desconocido del linaje humano civilizado, y en nombre de los reyes españoles deja los tesoros de que es portador: costumbres, religión, idioma y sangre. Con un mundo nuevo á los pies de dos monarcas, la Europa se arrodilla ante España, llamándola la reina de los siglos; mientras que ésta hace penetrar sus legiones y su enseña hasta los lugares más nómadas y salvajes; derriba sus falsas divinidades y levanta templos al verdadero Dios.

¡Cuán distantes estaban los habitantes del Viejo Continente de pensar en un Mundo Nuevo! Pero la gran Isabel, con sus alhajas en una mano, como en anteriores tiempos lo hizo el filósofo Séneca, exclama, dando las sortijas al inmortal genovés:

Vennient annis  
 Sæcula seris, quibus oceanus  
 Víncula rerum laxet et ingens  
 Pateat telus, Tiphisque novos  
 Detegat orben, nec sit terris  
 Ultima Tille

Nació la América, ó Colonasia; pero llegó á la edad de la juventud y buscó su libertad é indepen-

dencia, como el hijo de familia la adquiere en edad oportuna. Mas, así como queda obligado á los vínculos morales para con sus padres, del mismo modo la América, en sus diversas repúblicas, queda obligada á la recompensa respecto de la madre patria, heroína conquistadora. La gratitud nos llama á ello; si hubo ó no crímenes en el modo de conquistar, ellos eran independientes de la intención de los monarcas iberos. Así como yo busco, para mi servicio, los mejores individuos, pero éstos pueden fingir bondad ante mí, y ser unos malvados en mi ausencia; del mismo modo aconteció en España. Los actos malos que yo vea, los castigaría dejando de ser responsable, desde luego, por los males que no lleguen á mis oídos. En el mismo caso estaba España. Y esto y no otra cosa pasó con los que aquí representaban á los reyes españoles. Los monarcas dictaban leyes sabias y benignas para las Indias, dignas de las armoniosas estrofas de Abbon (sig. IX) ó bien de Abul-Ola (973-1037;) pero no eran ejecutadas por los que aquí mandaban. Según eso, es de villanos el rencor infundado que tenemos á España, y vienen á tierra los achaques que se le atribuyen . . .

Pudiera recorrer despacio esos puntos, españoles; pero hombres de más peso y mejores plumas los han tratado ya, y no quiero fatigaros, repitiendo lo que ya sabéis.

Por más que queramos, no nos sería posible negar los vínculos que nos unen á España; es nuestra madre: tenemos color por ella, pensamos por ella, amamos por ella, creemos por ella; tenemos patria por ella; somos libres por ella, independientes por ella. Sin

su idioma, ni nuestra libertad podremos pregonar. Ella es el espejo en que estamos reproducidos. Español era Mina, español era Iturbide; hijos de españoles Guerrero, Morelos, Bravo é Hidalgo. ¿Se quiere olvidar su nombre? Las piedras lo cantan, la tierra, el mar, los ríos; la luz y los astros que pueblan el cielo de América. En nuestras frentes hay un letrero que dice: Cuanto somos y tenemos, todo es el fruto de las joyas de Isabel. Nuestra grandeza es su grandeza, la suya nuestra gloria. Separada de nosotros, aun nos es útil y debemos procurar unirnos á ella; porque somos el juguete del sajón yankee.

## VIII

Creo probada la primera parte de mi discurso; admitida que sea, se me dirá, ¿y la doctrina Monroe? Desde luego la rechazo, porque pugna á mi razón. Esta doctrina tuvo origen en los acontecimientos de independencia de las colonias hispano-americanas, y fué lanzada por el presidente Monroe á la Europa, en su mensaje á la Cámara de diputados el 2 de Diciembre de 1823, con motivo de la no-intervención de las potencias europeas en América. Por lo que se ve, tiempo tiene el árbol de plantado, pero por lo raquíptico del tronco, no echa raíces en la tierra, ni las echará: jamás una autopía tan bárbara puede trocarse en ley.

M. Bluntschli, en su tratado de Derecho Internacional, discute largo sobre la materia; pero en tanto que escribió aquel jurista nada nos dijo; antes au-



mentó el caos de la duda, si de aumento ó de disminución es capaz el caos. En contra de la opinión de Bluntschli van distinguidos tratadistas. Ese jurisconsulto no ha comprendido la intención de la doctrina yankee. Por más que Monroe diga que "Los Estados Unidos no pretenden adquirir ninguna de las antiguas posesiones de España en América," yo no lo comprendo así, aunque me lo jure el Parlamento norteamericano, é intente probarlo Bluntschli.

Sin la doctrina Monroe, los hispano-americanos seríamos grandes y dichosos; doctrina que sólo se vocea como los vendedores de lechuga gritan su mercancía. No se quieren convencer los prosélitos de la tal "fórmula" que ella redunde en perjuicio nuestro; porque yo sólo veo, en compendio, la malicia intencional de una nación . . . . Y ¿en qué se funda? Yo la interpreto así: O el Continente americano ha de ser para los yankees, ó la tal doctrina es parto de una inteligencia torpe y ligera. Ambas cosas pueden suceder; pero más lo primero, atendiendo á las inclinaciones de nuestros vecinos.

¿A qué viene el que nos digan con mucho aplomo: "América para los americanos?" ¿Está esto conforme á la razón? No necesitamos grandes filósofos para que respondan por la negativa, viendo correr ante la vista la historia de los hechos.

La cuestión se reduciría así: ¿necesitamos nosotros ó no de la Europa? Para afirmar, no hay más que echar una ojeada á los elementos de que disponemos, los que la experiencia enseña no satisfacen á nuestras necesidades. Según un erudito estudio del distinguido escritor D. Eduardo de la Ba-

rra, sin la Europa perecemos. Otra cosa sentó el inteligente Doctor Bernal, centro-americano. Debe faltarnos la lógica natural para no comprender la necesidad y conveniencia propias que tenemos del Antiguo Continente. ¿Cuáles son los elementos propios de vida de que podemos disponer? ¿Son suficientes á satisfacer nuestras necesidades? Si se resuelve por la afirmativa, quedamos á salvo, y la doctrina yankee queda en pie y triunfante. Pero aquí reside el "quid" del negocio.

No he podido comprender cómo ha sido aceptada esa nueva fórmula de derecho por hombres de mediana ilustración. Mi sorpresa es contestada por muchos de inteligencias más aceptadas que la mía. La historia y la experiencia enseñan que nuestro continente no puede tener vida propia aún. Nuestra industria y nuestro comercio no tendrían significación, si quitamos á la Europa de enmedio; quedaríamos sin los elementos de progreso y civilización; y nuestro desarrollo intelectual carecería de base y fundamento. La medicina caería en tierra; otro tanto se podrá decir de las demás ciencias, porque las mejores obras son hijas de la Europa.

Francia nos viste; nos da sus ciencias, sus artes. La Alemania y la Italia nos envían las halagadoras notas de la música, que deleita nuestros sentidos. La Inglaterra nos prodiga sus asombrosos inventos en mecánica, que son los mejores del mundo. Y sin la España quedaremos sin literatura, sin belleza. Hágase á España á un lado y no tendremos ni historia, porque ella es el principio de nuestra historia. Castelar, Pidal y Mon, Menéndez y Pe-

layo, al hablar de América, así lo han probado. Aun más: ni idioma tendremos. Así resulta la cuestión, vista por el lado más favorable; démosle otra faz.

¿A qué debe la América el poco progreso que tiene? Hechemos un viaje por el Continente, y veremos que, desde Behring hasta el cabo de Hornos, al elemento extranjero. La Argentina, Uruguay y Paraguay, deben su desarrollo industrial y mercantil á las colonias extranjeras. Chile, Perú, Brasil, Venezuela y Colombia, son deudores de su movimiento mercante á los españoles, alemanes, ingleses y franceses, quienes son dueños de los más grandes establecimientos industriales y de comercio. Centro-América estaría envuelto en la inercia sin el elemento extranjero europeo, como lo está la mayor parte de la república de Guatemala, donde no han llegado aquellos. Y en México y Estados Unidos ¿á quienes pertenecen las más grandes empresas? En el campo, en la industria, en el comercio, y hasta en las aulas, el europeo nos da impulso. Sin el extranjero europeo, no tenemos vida, porque ésta la participamos de aquel. Les enviamos lo que no tienen, dando salida á nuestros frutos, é importamos lo que no podemos cosechar aquí, según el ilustrado Batres Jáuregui. No hacemos más que un cambio mutuo, con el cual sacamos nosotros más provecho para el desarrollo material y moral de nuestras tierras y sus pobladores. Con tal proceder, vamos más en provecho nuestro que en el provecho europeo, porque estamos aún en pañales y necesitamos madre que nos cobije. Así lo narra el poeta salvadoreño Cañas.

Nuestras llanuras sin colonos europeos, estarían desiertas como el Africa. ¡Vaya una doctrina. . . .! ¿Es más correcto y bien pensado para el progreso y adelanto del país tenerlo despoblado? Sólo una codicia y egoísmo refinados podrían sostener tal paradoja en contra de la civilización de que es animado el universo, en un siglo de luces.

La Europa no necesita de nosotros, y se ríe de nuestra pequeñez; y sí nosotros de ella; de manera que al decirle NO ENTRES EN NUESTRAS TIERRAS, equivale á afirmar nuestra propia ignorancia, para seguirnos un mal inminente, con lo cual ella rompería en carcajadas estridentes. Pero más haría la Europa si se llevase, obedeciendo la doctrina Monroe, sus elementos; y entonces ¡héte aquí la urraca muy lucida, ó la América sin copete!

¿Qué tal doctrina americana?

Mas podrían objetar los partidarios del norteamericano, con decir que ella no se refiere á eso, es decir, á cortar las relaciones y transacciones de comercio, sino simplemente á la no intervención de los Estados europeos en la política americana. Por ese lado, ni cabe la doctrina, ni yo lo entiendo así; y creo que nadie lo entiende en semejante sentido. Si eso dice, dió á entender lo contrario de lo que intentó Monroe.

Y echadas por tierra esas objeciones, ¿podría admitirse la doctrina Monroe? Juzgo que no, ni sería posible su práctica. En lo último lo prueba el tiempo que lleva y no ha podido prender raíces. ¿En qué derecho se apoya? No hay ley que no se base en algún derecho; y ninguno la favorece; no hay prin-



cipio legal que la fundamente, y sí flagela hasta los más leves del Derecho de Gentes, "que es el conjunto de principios que rige las relaciones de los Estados entre sí." El Derecho Internacional se funda en que los Estados han de vivir los unos al lado de los otros. Esto se entiende en el mundo civilizado. Pero en ninguna parte fija reglas para cortar las relaciones entre los países: su objeto es unir, no desunir.

Los Estados, como los individuos, necesitan leyes que los rijan, para mantenerlos en concordia, y éstas consisten en respetar los derechos que á cada Estado le correspondan.

Ahora bien, ¿qué causa favorece la doctrina Monroe para sentar que América debe ser para los americanos, asumiendo el yankee la nacionalidad continental? En verdad que yo no veo nada en pro, y sí en contra.

La mayor parte del continente es propiedad del europeo, y éste no pierde el carácter de tal con solo vivir aquí: luego debe acudir á la defensa de sus intereses, basándose en el Derecho de Gentes. El que hubiese adquirido, á título de propiedad, algún predio rústico ó urbano, no debe abandonar lo suyo, aunque Monroe lo haya dicho; sobre Monroe están la justicia y el derecho de posesión de la cosa justa y legalmente adquirida. Según eso, el derecho asiste para poseer la América á los que trabajaron para descubrirla. Por este lado España sería la única y verdadera dueña del continente, porque la reina de Aragón desde su tumba lo reclama, y no los americanos que no son dueños ni de sus costumbres. O

América debe ser de sus hijos, ó de sus descubridores. Los legítimos dueños, los hijos legítimos, son los aborígenes; los dueños, por ser descubridores, son los españoles. Luego la doctrina expresada sienta una locura y una torpeza, adjudicándose derecho ageno.

De lo cual infiero: La doctrina Monroe, á fuer de una malicia yankee, encierra un absurdo que la razón y la filosofía no pueden admitir. A los ojos del derecho no es admisible; á la práctica no es posible llevarla, porque en Europa hay naciones guerreras que sabrían hacer respetar sus derechos, respondiendo á las vejaciones con los cañones de sus armadas

Probablemente, señores, no faltará alguno que me lance el anatema de lesa nacionalidad por las ideas expuestas; pero eso no es lo más, porque, desgraciadamente, los hombres de hoy poco piensan; se ha juzgado el cabo por el rabo. El yankee amenaza devorarnos en nuestras pertenencias, pero, de una manera supina, se lo aplaude; mientras que se maldicen á nuestros progenitores, á esos mártires de la idea, que se sacrificaron en aras de las creencias más puras y sublimes que nos legara el pasado. Los palacios y castillos que descuellan á nuestra vista; las vastas poblaciones que se extienden en lontananza; las fortalezas que custodian nuestros territorios; los templos donde el corazón rinde su culto; y ese conjunto admirable, envidia del Viejo Continente, no son más que el producto de una nación colosal, cuya grandeza desafía los tiempos, las eda-

des y los siglos: son el resultado de la caridad española.

Las torres de Granada quisieron legar la soberana fama de sus galas á un mundo virgen, á un mundo nuevo, que debía ser más tarde émulo de la libertad, y cuna de héroes. Brotó la América del seno de los mares azules al soplo de España, como el mundo de la nada al soplo divino. Pasó el tiempo de la Creación, pero no por eso las generaciones desconocen á su Creador: no habrá doctrina que haga borrar de la memoria el prodigioso hecho de los siete días; por lo mismo no podrá haber quien desconozca á la madre España, máxime cuando la independencia de estos países hispano-americanos, según Ricardo Palma y Chocano, no es más que la continuación de la Conquista, llevada á cabo por unos valientes aventureros, entregados al furor de las olas, como la diosa Venus á la voluntad de la nivea espuma del océano. Al recuerdo de Cuauhtemoc é Hidalgo, maldecimos el nombre de España; vituperamos y vejamos el nombre del gran Conquistador de México, eminente que los tiempos contemplan más grande y magnánimo que Marte, imponiendo mando al mismo mar. Pero los que más vejan á la patria madre son los hijos directos de españoles, los que sólo conservan de sus padres el capital, botando las creencias y el espíritu de nacionalidad, viniendo á ser los tales nuestros más feroces enemigos. No quiero decir tampoco que todos los descendientes de españoles tengan ideas de separación; pero sí puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que la mayoría de ellos son malos. Mas todo po-

drán hacer, con tal de que Hernán Cortés no le sirvan á su memoria sublime de pedestal la ruindad y la envidia, la vileza de los que no conciben lo grande, por estar condenados á vivir entre las tinieblas y cerrar los ojos á los fúlgidos destellos de la luz.

El motivo de la aberración á nuestros hispanos pobladores dizque la fundan en que era una horda de aventureros los que nos conquistaron. Y ¿qué queríais mexicanos, centro ó sud-americanos, que hubiesen conquistado los potentados y nobles de España? La gloria, que inmortaliza á los hombres, busca á los suyos en las humildes cunas. "La gloria," dice Batres Jáuregui, "no se preocupa ni de la ascendencia de los grandes hombres, ni del lugar en donde vienen á la vida. El espíritu localista y los odios lugareños se empeñan en obscurecer las cunas de varones ilustres. Homero, Shakespeare, Cervantes y Colón son patrimonio del género humano." El que nace entre harapos puede muy bien de grande vestirse de seda. Los conquistadores eran de humildes cunas, pero sus hazañas son para ennoblecen á cien mil generaciones.

A la España le achacan crímenes al conquistar la América. En primer lugar, España, como lo afirman Darío, Bernal, Cañas, Palma y el inimitable autor del Tabaré, no era responsable del abuso de sus enviados al Nuevo Mundo, porque está plenamente probado que ella dictó leyes tan saludables y sanas, como ninguna otra nación las pudo dar. En ello consintió Hartzenbusch, lo afirmaron y defendieron Zorrilla y Velarde, y refutaron las proposiciones en contra Lanman y García de Izcabalce-



ta. Tan claro han dejado esto los soberbios publicistas é historiadores Zamacois y Balbi, que no es posible ofuscar la lucidez de su evidencia. En segundo lugar, ¿qué nación conquistadora no los cometió? ¿Pudieron emplearse medios mejores? Diríase como Quintana, "Crímenes son del tiempo, no de España." Y aun, apesar de que las circunstancias requerían desolación, se ve que España procedió con cordura y caridad, procurando la conservación de los primitivos hijos del país. ¿Qué ha hecho la Inglaterra con sus conquistados? ¿Qué los Estados Unidos hacen con sus primeros pobladores aborígenes? Ni cenizas quedan de los que primero poblaron las regiones nortes del continente; mientras que las sombras de Las Casas y Fray Martín de Valencia se alzarán gigantes, lanzando un mentís á las edades que digan que los indios no tuvieron abogados y defensores. Altamente preocupó á los conquistadores de buen corazón el empleo de mejores medios; ¿los hubo? La historia nos dice por la negativa la resolución de este problema que ha preocupado á las más grandes inteligencias del día. Pero se me dirá que un vicio no autoriza á otro; y así lo juzgo. Mas lo que á nuestros ojos es un vicio, en aquellos tiempos no lo era. Nadie es responsable de una acción mala que desconoce. Yo desconozco la mayor; luego no admito la conclusión, como ningún hombre sensato la puede admitir, sin menoscabo de la filosofía. Ahora sí es un crimen emplear aquellos medios, porque la maldad del acto está en la conciencia de todos; y sin embargo, nuestras tropas federales hacen destrozos lamenta-

bles en los indios del Yaqui: y ¿le echaréis en cara á los inocentes crímenes de que no se daban cuenta, necesarios para domar salvajes, y vosotros en un siglo de luces científicas queréis abonar vuestra conducta? Dado por la afirmativa, en igualdad de circunstancias, el delincuente no puede ser juez de otro delincuente. ¡Por Dios! . . . . . "Quosque tandem, abutere, Catilina, patientia nostra?"

## IX

Demostradas, señores, las anteriores proposiciones, que son el fondo de mi discurso, se hace necesario sacar de ellas el broche, si no de oro, de cobre, para concluir.

Cuba, ¿debe ser ó no española? ¿Qué ventajas resultan á los países hispano-americanos con ello?

El gran estadista español Cánovas del Castillo habló sobre la materia; también con plumas valientes han discutido Castelar, Silvela, Pidal y Mon, y Menéndez y Pelayo, y las opiniones de esos académicos son en pro. Los más grandes diplomáticos europeos, al hablar de la doctrina Monroe, sientan lo mismo. Philipp, gran jurista norte-americano, en una academia de profundos sabios, desarrolló una doctrina en contra de la de Monroe. Defendiendo los derechos de España en Cuba, hizo resaltar la conducta indigna de su país en el discurso. Y como todos los hombres de ciencia han dicho lo mismo, á mí me bastará, en términos generales, responder por la afirmativa.

Habiendo probado atrás las obligaciones del hi-

jo emancipado que el Derecho Natural le marca para con su padre, no hay inconveniente en asegurar que esas mismas deben ser las de las repúblicas hispano-americanas respecto de España. Estando en el mismo caso de derecho, lo que del uno se diga, quedará dicho de las otras. No pierde el padre su derecho al hijo, ni España debe quedar sin derecho alguno á la América. La propiedad que yo adquiero, á título legítimo de pertenencia, no prescribe con la muerte mía; de jo de existir yo y ella sucede á mis deudos que sobrevivan. Con la conquista y civilización adquirió España un título de propiedad, según las leyes de ayer; y como éstas, en principio general absoluto, con respecto á la propiedad de la cosa, no tienen acto retroactivo, de ahí resulta el siempre derecho posterior de posesión. Mas, ya que la mala estrella iluminó á España en las primeras décadas de este siglo, trepando al trono un hombre inepto, cuya memoria hace indignarse hasta á un Job, se independizaron las provincias hispano-americanas, aprovechándose de una oportunidad, y nada más, como afirmó también el salvadoreño doctor Luna; con esto se le quitó á España el derecho de posesión, más no el de gratitud de los americanos; se le quitó la propiedad, más no los rastros luminosos de sus huellas. Y no todas sus pertenencias se le quitaron, quedáronle algunas, y éstas es de justicia que sigan en su poder. Descubridora España del continente, tiene derecho á tomar parte en él, como el padre en la casa del hijo emancipado. Así es que Cuba debe seguir en poder de España, por lo que incumbe á derecho, y no

pertenecer á otra nación alguna, europea ni americana.

Se alega de que España tiraniza á los cubanos; pero esto es incorrecto, porque Cuba disfruta de más libertad que la misma Península y que ningún país de la América. Con sólo ver de cerca lo que es la isla, quedarás convencido quien desea propagar los fueros de la verdad. Y ¿qué nación está autorizada para fijarle gobierno y principios de política interior á otra? España no quiere sincerarse con esto, porque el que tiene limpia la conciencia, no ha menester de satisfacciones, menos ante un Estado de conducta indigna. El español morirá, pero no humillado; será vuelto en cenizas, pero no vencido. Aquí se propalan especies falsas para desprestigiar á España, pero el reptil no mancha los rayos del sol.

Es altiva la nación española, pero, en medio de su altivez, es sublime: no quiere ceder á Cuba, como yo no cedería mi sombrero al primer impostor que lo quisiera comprar. Diez años duró la lucha pasada, ésta que dure quince; pero primero se verán cenizas que libertad fementida. Setecientos años duró la lucha hispano-romana, y España existe y de aquella Roma sólo el recuerdo queda. Que ceda Inglaterra el Canadá y la Guayana, y España dará la independencia á Cuba. Sólo España hace mal en retener, aunque sea por vía de recuerdo y gratitud, una pequeña porción de terreno, porque la historia se lo reclama, porque la justicia lo exige, porque la humanidad lo requiere. Todas esas vastas llanuras, en donde se pierde nuestra vista, parecen evocar una memoria, reclamando el valor de las jo-



yas de la reina de Aragón. Muere el hijo, y la madre conserva todas sus alhajas como recuerdo del sér que idolatraba.

No sólo por eso Cuba ha de ser española. Si España se retira del continente colombino, nuestra raza merma y, tal vez, concluya; porque nos circunda un enemigo colosal, que sólo la España de los Moncayos le puede marcar el alto. Ese enemigo feroz y ambicioso quiere absorbernos en nuestras posesiones. Cuba no sería libre, independizándose de España.... ¿Es cordura y buen tino abandonar el amor sincero de madre por el rastrero de la madrastra? Pero por más que los Estados Unidos se empeñen, nada conseguirán; España aún puede rechazarlos. No ha sido ignorancia de Cleveland no aceptar de los Senadores Sherman y Morgan las proposiciones de beligerancia: no le pareció conveniente ponerle cascabel al gato. ¿Cómo se quiere la beligerancia de nómadas salvajes y bárbaros, que tienen por techos la intemperie y por guarida las montañas? No han procurado nunca una batalla de gente culta y de guerra; ninguna fortaleza han tomado; ningún puerto ni población de importancia han ocupado: luego, ¿para quienes se pide beligerancia? ¿para gente que incendia, asesina, roba, despoja y mata? En este caso son acreedores á ella los bárbaros del Norte. César Cantú, en su *Historia Universal*, tomo 8º, página 238, dice: "El usar medios severos cuando por medios suaves se puede llegar al fin legítimo de la guerra, la hace injusta." Largo discuten en el mismo sentido Vallet, Lampredi, Schmalz y Floro.

Pero se dirá que ha crecido el elemento insurrecto, puesto que las tropas peninsulares no han podido extinguirlo. Esta no es razón. Que vaya Sherman y el "New York Herald" á extinguir los animales carnívoros que habitan las montañas. Cosa igual pasa con la insurrección. Siempre está metido Gómez en su madriguera, cazando á los soldados valientes que están acostumbrados á pelear en actitud de guerra entre gente culta y frente á frente, sin que nadie adivine la cueva de la manigua que le da albergue. ¿Beligerancia para esos salteadores? . . . . . ¿Perdón para ellos y los yankees?

¿Hasta cuándo la España de Carlos V tolera con su prudencia que se apaye á esa gente, indigna de la razón? ¡Seguid matando americanos! Ya aparecerá un querubín, expidiendo rayos de luz que ofuscará á esa nación desleal, sin Dios ni religión, como á Constantino, y trazará aquellos centellantes caracteres: *In hoc signo vincis*, si la Cruz que onduló en las torres de Granada sigue ondulando al lado del humano estandarte bi-color, cuyos dominios no veían ponerse el sol. ¡Enseñadles las armas, que, el que es cobarde, no entrará á combate; porque no vería á una España aislada, sino á todas las naciones cultas, que querrán recuperar lo suyo, perdido en desigual combate de alevosía y traición. ¡La guerra de Cuba trae indicios de guerra universal; los Estados Unidos no ven eso, hasta que la guerra civil del Sur con el Norte de la Gran República, al estallido de la discordia, se lo diga.

¡Pónganle cascabel al gato! . . . . . y verán un león que ruge. Estamos en guerra y España triunfa.

## X

Concluída esta disertación, pongámosle una especie de apéndice, ya que el asunto lo requiere.

Se me salta el alma, iberos, al ver, así como patriotas entusiasmados, otros españóles que forman eco á la revolución y la fomentan desde agenas playas; pero esos entes desgraciados, que desconocen los afectos que engendra en el corazón la patria, han nacido en la vileza ó envueltos entre el dinero, cual asno cargado de sacos metálicos. El hijo espurio de la patria, el hombre traidor, en su propia conciencia lleva el castigo, y vaga entre los mismos suyos desesperado, del mismo modo que el condenado en los profundos y oscuros antros del infierno. Esos miserables, que sacrifican los afectos más sagrados al vil interés, viven aislados de la sociedad, la que los contempla como panteras ó tigres dañinos; y ellos, infames y cobardes, creyendo quedar bien, entregando á su señor, no hacen más que poner los medios para que la humanidad los repudie de su seno. Los tales seres no merecen otra cosa que se les escupa el rostro, como á viles y bajos, y que sigan envueltos en el crimen más grande que señala la historia, cual es el de la traición. El que ataca á su propio suelo, ningún país puede esperar algo bueno de él. Españóles de semejante talla hay muchos, los cuales no son dignos de erguir la frente para ver el hermoso espectáculo azul del cielo, ni de vivir entre gente de *vergüenza*; el lugar de ellos es entre los renegados, condenados á tener la frente contemplando el suelo. Ni encuentro yo, señores, palabras en es-

pañol, suficientes á maldecir esos monstruos, ó abortos humanos, que se apellidan iberos.

Mas basta. No necesito decir más sobre el asunto, porque sé que se agita la nobleza en vuestros pechos, y en materia de patriotismo hasta un silencio podeis interpretar.

¡Bravos y valientes españoles!

Cuando la patria necesita de sus hijos, entonces no debe haber divisiones de partidos; ideas políticas y religiosas deben fundirse en esta máxima: La vida es de Dios y de la patria. Primero la honra nacional, ó de la bandera á cuya sombra nos refugiamos, que la propia existencia.

En efecto, vivir lidiando, perecer luchando por la integridad nacional, es, sin duda, la más sublime de todas las muertes; porque, si entonces se extingue nuestra existencia, habrá concluido por una causa grandiosa, que nos hará inmortales entre los mismos mortales. El que muere defendiendo su honor nacional, muere como un héroe, y para la gloria que se le reserva es diminuta la extensión del cielo que vemos tachonado de rutilantes estrellas. Cuando la patria se ve amenazada, cuando el cetro y la corona en cuyas filas se milita, están para rodar hechos pedazos al desplomarse el trono español, entonces deben desaparecer los rencores añejos de los pechos de los hidalgos hijos de la cara España, y despertar los afectos latentes, dando animación á los inertes, para probar á toda la Europa y á todas las Américas que aún es España la misma cuna de los católicos Reyes de Castilla. Ahora es tiempo de prueba en que no debemos fijarnos en que somos carlistas,



alfonsinos, ó somos del Norte, Sur ó centro de la Península: no es éste el tiempo de localismo. Las tendencias de la localidad ó ideas políticas son para días de más calma; hoy todos debéis ver las cosas como españoles, y como tales, debéis acudir al llamado de la patria. Decidle al mundo: aún quedan descendientes de los iberos que fueron. España fué, es y será grande, porque es la misma vencedora de Lepanto y Covadonga.

Con vuestra ayuda y decisión, todos unidos, España triunfará y Cuba será española, y el enemigo será esclavo de sus propias ambiciones, mordiendo sus ferreas cadenas. Los americanos fieles á vuestra causa os darán la mano de amigos leales, procurando la unión de nuestra vigorosa raza.

¡A la obra! ¡Animo, iberos! Todos, refugiados á la sombra del ínclito pabellón de rojo y gualda, con las garantías que os concede este país, decid en alta voz: ¡Viva España! ¡Viva Cuba española! ¡México viva!

### III

#### **La neutralidad.**

Después de hablar de la unión de razas, pasemos á lo que sigue. A la idea de la neutralidad los hipócritas y los abiertos enemigos de España han querido poner en coacción nuestros más nobles fines, ahogando nuestros sentimientos. Esos charlatanes de parlamento han pretendido combatirnos bajo el nombre neutral; y cuando han creído en un verdadero triunfo, el desdoro de su engaño les ha brotado al paso.

Cuando nuestra convicción nos hace descender á la arena del combate, reprobando los actos de piratería yankee, los adictos á éstos, —gente en su mayoría mal intencionada,—nos echan en cara el que hemos contravenido á las leyes neutrales. Pero tenemos que advertir, antes que otra cosa, que los prosélitos de la Gran República poco ó nada conocen esos sublimes principios del Derecho de Gentes á cuya sombra se quieren acoger. Ni con ésto deseamos dar á entender que somos unos grandes internacionalistas; conocemos nuestro poquísimos valer en campo no muy accesible á nuestras fuerzas.

Las teorías fementidas de tan detestables juriconsultos no han quedado en pie; varios diarios caracterizados de México salieron al paso, rompiendo el sitio. Entre tan simpáticos atletas se encuentran *El Tiempo*, *El Universal* y *La Voz de México*. Los periódicos aludidos no han dejado flanco en el ataque; con golpe maestro han echado por tierra doctrinas que no tienen cimiento.

A los principios irrefutables de esos diarios se une la voz poderosa de un gran juriconsulto mexicano que, en pleno Congreso Científico, se proclama en contra de tan nocivas doctrinas. No obstante de que personas muy respetables en todos sentidos hayan tratado el asunto, séanos permitido decir algo sobre el particular.

Nuestros enemigos pretenden fijar, aunque con bastante declarada mala fé:

Que reprobando los actos salvajes de los americanos en la presente guerra es quebrantar las leyes neutrales.

Que mostrarse adictos á España es un pecado de neutralidad.

Que manifestar simpatías á los españoles residentes en México, está prohibido por la neutralidad.

Como se ve, tales pensamientos son sólo dignos de un loco de manicomio, ó bien de una supina ignorancia. Nadie se ha atrevido hasta el día llamar infracción á las leyes neutrales cuando, en vista de la injusticia, se oye la voz de un tribuno ó de un periodista, protestando contra los actos vandálicos. Ponerle freno al apóstol de la verdad, para que no recrimine al delincuente, sólo es dable en un gobierno tiránico que no se rige por la ley, sino por su propio capricho. Si tales monstruos fueren aceptados como mandatarios, degeneraría la dignidad humana, y los hombres, antes que agrupación social, formarían un cuerpo colegiado de brutos.

Si alguna cosa posee muy noble el ente social, es el libre albedrío: exponer cuando y en favor de quien le plazca sus sentimientos. Creeemos desde luego, que no peca contra las leyes neutrales *El Tiempo* que defiende la causa española, ni ninguno de los demás valientes diarios, afiliados á la misma causa. Para incurrir en la infracción de la neutralidad, es preciso tomar parte activa en la guerra, favoreciendo á cualquiera de las partes beligerates. Así como no sería favorecer á ninguna de las partes tachar de inhumanos sus actos, es un delito grave el facilitar elementos de destrucción. En el primer caso no se ayuda al fomento de la revolución, porque ningunos medios de combate se proporcio-

nan; mientras que en el segundo es incuestionable que sí, porque se da material destructor de vidas y propiedades.

Un ejemplo explicará claramente nuestro aserto. El que atacara la injusticia de los yankees al intentar una guerra contra todo derecho, para apoderarse de lo ageno, desde luego que no presta contingente de guerra material ni toma parte activa en la contienda en favor de España; antes que cometer infracción á ningún principio jurídico, cumple con un deber de asociado al reprobar la ambición y el robo. No pasaría igual cosa con otro que, en igualdad de circunstancias, proporciona pólvora, municiones, plomo, etc.; porque tales donaciones constituyen su verdadero elemento de combate y de destrucción.

Por lo dicho, se comprenderá que con exponer ideas, aunque sean motivos remotos de guerra, no se infringen las leyes neutrales; y que afirmar lo contrario, es tanto como querer impedir los sentimientos del hombre, lo cual sería una bárbara paradoja y el colmo de la desgracia y del cinismo tiránico. ¿Y quién ni qué gobierno sería capaz de hacer contener los sentimientos de los ciudadanos? Pretender poner en coacción los actos de involuntad, es una magna locura. El hombre es libre para simpatizar con la causa que le plazca, sin que esto se oponga á la neutralidad, siempre que no proporcione medios materiales para el combate.

Así, el periodista puede defender la parte que le convenga y no pecará contra las leyes neutrales, ni será reo de ningún delito. Por manera que los que hallan motivos para encontrar infractores en el pe-



ridismo adicto á España, están fuera de toda razón y son ignorantes dignos del desprecio.

Aunque la pluma produce más daño que la espada, sin embargo, no está comprendida en las leyes neutrales; porque su combate es netamente moral. La campaña del escritor es la expresión del sentimiento, y éste en ninguna parte del mundo civilizado lo puede prohibir el derecho internacional; porque ningún derecho tiene acción sobre actos de libre manifestación.

De esto se infiere que no infringe las leyes neutrales el mexicano que defienda á España, ya sea en las academias, ó ya en las columnas de un periódico. Tampoco infringirá esas leyes el español residente que mande recursos á su patria, para que siga la guerra. Lo que en el mexicano sería infracción, en el colono residente no lo será; porque á éste lo obliga el derecho patrio socorrer á su nación.

Pueden perfectamente, aunque trine la prensa enemiga, ayudar, cada quien según sus medios, españoles y mexicanos, á nuestra madre patria, sin infringir ningunas leyes.

Sentir, ser patriota, es acto de libre expresión.

#### IV.

### **Los tiranos del siglo.**

#### ESPAÑA Y GRECIA ANTE EL CRITERIO GENERAL.

Juzguemos ahora ante la historia del mundo los hechos de las dos naciones despóticas.

Al contemplar el cuadro desolador, al meditar en

esa nube negra y tormentosa que se cierne soberbia y altiva sobre la generación presente, sepultando en un abismo terrífico la luz diamantina que ilumina el azul firmamento; al tender la mirada por los confines del universo mundo y observar la sombra—no semejante á la misteriosa que conducía al pueblo hebreo por los áridos desiertos de la tierra de los Faraones—que va sembrando pavor y espanto en los hijos del siglo avasallador, la humanidad cae confundida en el suelo y supone próxima una catástrofe horrenda. En el seno de nuestro planeta se desarrollan las cadenas de hechos de una manera tan extraordinaria, que parece tocar á su fin el mundo, y las profecías del Apocalipsis llegan á su término. Los horizontes de celajes de nieve y grana están sombríos; la luz del cielo está opaca y los astros parecen llorar: ¡Guerra! por doquier.

¡Terrible se presenta á los ojos del hombre observador la situación actual! No parece sino que en las alturas, al nivel de la ruta de las estrellas que pueblan la bóveda celeste, está escrito con caracteres de estupor, que infunden más miedo en los ánimos que las tremendas y proféticas palabras del *mane, thecel, phares*, queriendo derribar los fortificados muros de un palacio, testigo mudo, sobre las cabezas sacrílegas de Baltazar y sus magnates, el destino lamentable de la edad presente. Y tal vez algún filósofo, desparramando la mente por el amplio y confuso panorama que se extiende tenebroso á su vista, saque por conclusión inmediata que la última década de este siglo—escrito está—suscitará un cataclismo entre las naciones.

No es el lenguaje poético, hijo de una imaginación arrebatada, el que aquí opera; es cuestión de hechos: ¡ved á los dos tiranos del siglo XIX!

Allá, entre europeos y asiáticos horizontes, donde el sol derrama esplendentes rayos de gloria; allá, al pie de gigantescas montañas, que se alzan soberanas retando con su airosa frente la grandeza de los astros; allá, bajo una luna que ríela en un azul diáfano y puro; allá, oyendo el canto melífluo y sonoro del ruiñeñor y el rebramar de los mares que azotan con furor en sus playas; allá, donde todo es sublime, todo es grandeza, todo es encanto y hermosura, despierta un pueblo glorioso cuyo pasado forma el pedestal de la historia del mundo, del sueño de la esclavitud; despedaza el yugo tirano, destroza las férreas cadenas y escupe el rostro miserable de su opresor. Ni es posible que ese pueblo, en cuyas venas circula una sangre valiente, esté bajo el poder de una nación que debiera desaparecer de la historia del mundo, una nación cuyo sólo nombre es una rémora del progreso y de la civilización moderna. Hablamos de la hechicera isla de Creta, batallando por su libertad é independencia del poder de los cobardes musulmanes.

¿Hasta cuándo las Potencias ponen coto á las iniquidades del sultán? Las naciones deben ver las unas por las otras. Creta debe ser independiente, lo mismo que Turquía, debería formar una república; aquel país es el único que no avanza.

Desde el año de 1645, que los turcos se apoderaron de Creta, la historia de la isla es una cadena no interrumpida de crímenes cometidos por los tur-

cos en la personalidad de los infelices cristianos. Y lo que pasa en Creta sucede en todos los dominios del Sultán de Constantinopla, el cual vive esclavo de sus propias pasiones. En el Asia Menor los musulmanes son una turba de bandidos y salteadores de caminos. Como los cristianos viven en las cordilleras del Líbano y del Antilíbano, para sus negocios mercantiles, tienen que bajar á las ciudades: en los caminos reales suelen esperarlos los mahometanos, ya sea para robarlos, ya sea para despojarlos de sus mujeres ó hijas, á las que violan de la manera más bárbara y salvaje.

Por supuesto que en este caso los turcos, súbditos del Korán, se valen de la indigencia del cristiano, que en aquellos países no tiene defensa ninguna. Y así debía suceder, porque los malditos hijos de Mahomet son á toda prueba cobardes y pusilánimes, y, como tales, emplean los medios más viles para llenar sus fines.

No solo la gente del pueblo hace esas fullerías; también los que llaman patricios proceden de igual manera; con la sola diferencia de que éstos se valen de los primeros para sus torpezas. Así, un magnate de aquellos envía á los caminos dos ó tres vasallos suyos para que le traigan mujeres cristianas para el serrallo, á viva fuerza. Estos obedecen con la condición de que á ellos les corresponda alguna. Salen á las vías públicas, y cuando ven alguna infeliz sola la conducen á satisfacer en ella los deseos más bajos y asquerosos.

Los grandes musulmanes suelen salir á escoger para su harem las doncellas más hermosas; y, aunque no quieran, las llevan obligadas.



Los cristianos son objeto de mil atropellos de parte de los califas turcos: robos, despojos, asesinatos, violaciones y atropellos es el pan con que se alimenta el desgraciado cristiano en todo el Asia Menor, la Arabia, el Egipto y la Turquía Europea. Horrorizados nos quedamos cuando la suerte hizo que visitásemos aquellos países orientales, que de nada les ha servido la sucesión de los años. Allí nació la Era cristiana, y la ley del Evangelio ha dado frutos hasta en los países más ocultos de la América, y ahí parece que fué inútil la regeneración de la humanidad.

Es insoportable el yugo musulmán.

### III

Pero Creta, registrando su pasado, hace 70 años que lucha con gigantesco empuje por sacudir el dominio del turco que se revuelve en el fango de la impudencia y de la superstición. A viva fuerza la obtuvo el idólatra de la Meca, y á viva fuerza no dejará ella un bandido de esos sobre la tierra. En 1821 tomó las armas contra sus opresores, pero el hado fatal la desamparó. En 1858 volvió á la guerra y fué infructuoso su afán, hasta que en el año de 1866 tomó tal incremento su odio al tirano, que toda la isla se convirtió en un mar de sangre, la cual de nada aprovechó, porque no pudo la isla obtener su emancipación. Se pasaron unos pocos años, y en el de 1885 tomaron los cretenses nuevamente las armas; mas tampoco produjo favorable resultado.

Y esa Creta, hija de la divina Grecia, no ha desmayado ni un instante en sus deseos; volvió á iniciar

la actual revolución, que ha dejado un panorama horrendo. No parece sino que el dios Jove ha desenfrenado su poder, para borrar de la faz de la tierra el nombre de Abdul-Hamid, que está manchando la cultura moderna. Un hombre afeminado, que apoya la iniquidad, su vida es la deshonra del globo. La Turquía es el desdoro de la generación presente. Grecia, la madre de Aquiles y de Ajax, así lo comprendió; y como en el sitio de Troya recuperó á Helena, arrasando pueblos y campos, ahora brota á la defensa de una hija que la suerte desgració, y en el príncipe Jorge manda á un Diómedes, que no dejará turco vivo en la superficie de Creta para libertarla.

La tierra de Minos, es la cuna de Júpiter; no es posible que el musulmán siga profanando el sublime Ida. La sombra de los Dátilis de Frigia pide venganza contra sus opresores.

Creta no podrá sola con el enemigo, pero tiene madre que acude á su defensa, aunque se forma una nueva Iliada en sus contornos; no faltará Homero que cante las hazañas de los cretenses que luchan por su libertad.

#### IV

Grecia hace en Creta lo que España en Cuba; ambas luchan por sus propias hijas. Las costumbres de Creta y Cuba dicen elocuentemente que la primera será siempre griega y la segunda española.

No solo la Europa debe procurar la desaparición de ese Imperio Otomano que es el retroceso de la

civilización—es el único país que no prospera, debido á sus villanías—sino también la América, porque la humanidad lo pide y lo exige. . . . .

¿No será más oportuno que los Estados Unidos interviniesen en la cuestión de Creta, dejando en sana paz la de Cuba? Creta quiere la anexión á Grecia, porque posee iguales elementos étnicos, é iguales costumbres, religión, etc., mientras que Cuba busca la desigualdad de raza, dejando la libertad por la esclavitud.

¿No será mas conveniente que los gobernantes americanos tomasen carta en el asunto cretense, apoyando á esa nación que aun hoy la humanidad contempla admirada, que meterse á pisotear el Derecho de Gentes, amparando á los filibusteros cubanos? ¿No le parece eso mejor al señor F. Bulnes?

El suelo de Creta está desolado, sus campiñas regadas con sangre, y las potencias europeas permanecen mudas ante ese cuadro lastimero, apoyando las pretensiones de uno que no debería ni contarse entre la gente racional. Ya es tiempo de que Abdul-Hamid y su imperio se extingan para siempre.

¡Latino-americanos! si la Europa, esclava de miras innobles, no pone coto á esa sangrienta lucha entre parte del antiguo Continente y el nuevo, hay que agregarse á las amadas Españolas y no dejar cabeza ni turca ni yankee con vida. Tenemos que acudir á defender los fueros de la civilización.

A hablar en favor de Creta y España, señor Mateos, dejando tranquila á Cuba Española.

No es posible, desamparando á la propia madre, proteger al intruso que se pasa por sobre de todo

derecho. Nosotros que sentimos circular en nuestras venas sangre española, no podemos tolerar tanta felonía.

Los que degüellan á nuestros hermanos son los usurpadores de nuestros territorios; esos que se lanzan á la pelea con el mandil de la humanidad cristiana, son los verdugos de nuestro pueblo.

Si aun tenéis Dios, Religión y Patria, uníos á España para que triunfe.

Los yankees cuentan victorias ilusas, pero las victorias españolas las cuentan los astros del cielo; y hemos de esperar que el triunfo del pueblo más grande del mundo sea la humillación más vergozosa de los que sólo saben despojar.

El triunfo yankee será denigrante, pero el español será digno de la inmortalidad.

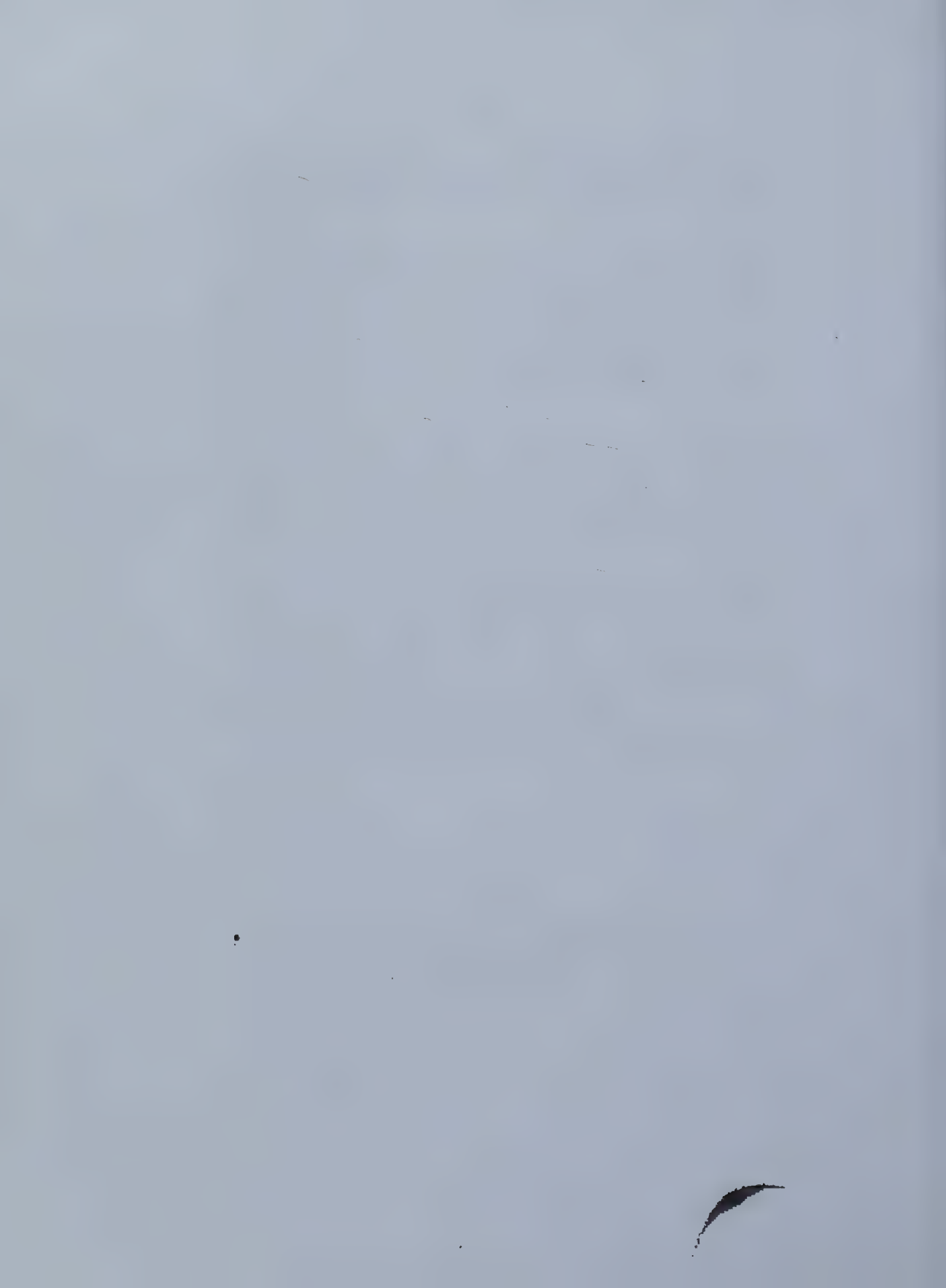
Que los norte-americanos conquisten victorias, es una mentira forjada en New-York y lanzada al mundo: el tiempo decidirá el combate.

¡Que siga la guerra, rugiendo los cañones!































CPSIA information can be obtained at [www.ICGtesting.com](http://www.ICGtesting.com)  
Printed in the USA  
LVOW03s1407070515

437619LV00010B/62/P








3 7110 0014 99353

**WITHDRAWN**

PROPERTY OF  
METHODIST UNIVERSITY LIBRARY

 P8-ADE-735



9 781272 616342